

Lo que nos pone en contacto con la cruz

Efesios 5.21–32

«Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra» (Efesios 5.25–26).

Es únicamente en la cruz donde Dios se encuentra con los pecadores. No obstante, las bendiciones de Dios se reciben de conformidad con los requisitos que Él estipula, no con los que estipulemos nosotros. Debemos hacer que la cruz esté en nuestros corazones, para que Dios nos ponga en el ámbito de Su salvación.

La cruz es fundamental; lo que nos pone en contacto con ella es de primordial importancia. Si uno gasta dinero para comprar un traje, el bien que produce ese dinero proviene de llevar puesto el traje. La medicina puede sanar, pero no lo hace sino hasta que uno la toma. La medicina que queda en los frascos, es inútil. Pablo dijo: «... no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo [ni pierda su poder]» (1^{era} Corintios 1.17). El poder está allí, pero uno debe ponerse en contacto con él.

EL NUEVO TESTAMENTO

Jesús dijo: «... porque esto es mi sangre del nuevo pacto [el nuevo testamento], que por muchos es derramada para remisión de los pecados» (Mateo 26.28). La Biblia es un libro que tiene que ver con sangre. La palabra «sangre» se menciona más de cuatrocientas veces. ¿Seremos demasiado orgullosos para relacionarnos con sangre? ¿Acaso nos parece que ella ensucia? Si la Biblia hubiera sido escrita por hombres no inspirados, la hubieran adornado con el resplandor del sol; Dios, Aquel que la escribió, la manchó con sangre.

Muchos piensan que la cruz de Cristo simboliza la derrota y que la resurrección fue la victoria. El Nuevo Testamento presenta únicamente la *muerte* de Cristo como la victoria. En Hebreos 9.15–16 se habla de Jesús como el mediador del nuevo pacto, o testamento. Un testamento (o voluntad) no entra en vigor, sino hasta que haya habido muerte del testador. Jesús tomó de Satanás el poder de la muerte por medio de Su muerte. ¡La resurrección valida la muerte! Jesús triunfó en la cruz. Pablo dijo: «... quitándola de en medio y clavándola en la cruz y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz» (Colosenses 2.14–15).

Jesús es la clave de las Escrituras. Uno puede hallar a Jesús implícito en cada versículo. La «Palabra Viva» se encuentra únicamente en la «Palabra Escrita».

¡Seamos cristianos, *y nada más!* La cuestión de la autoridad: ¿Nos apegaremos a la Biblia o no? Seamos miembros de la iglesia de Cristo nada más... pero no seamos menos. ¿Le hubiera gustado ser miembro de la iglesia del siglo primero? ¡Usted puede serlo! Dios le añadirá a ella, si sigue Su Palabra.

LA IGLESIA NEOTESTAMENTARIA

Los evangelios se centran en Jesús; todos los libros desde Hechos hasta Apocalipsis se centran en Su iglesia. Jesús prometió a Pedro que Él edificaría Su iglesia (Mateo 16.13–20). Él la compró con su propia sangre (Hechos 20.28). La amó y se entregó a sí mismo por ella (Efesios 5.22–30). Así como el esposo debe amar a su esposa, Jesús amó a la iglesia y se dio a sí mismo para presentársela como una iglesia gloriosa al final de los tiempos (vers.^{os} 25–27). Los beneficios de Su sangre se reciben en Su iglesia, por medio de ella y por ella.

No se puede separar a Cristo de Su iglesia. El cuerpo físico de Cristo compró el cuerpo espiritual de Cristo. La iglesia es «para siempre la familia de Dios». No hay nada en la tierra como ella. No hay nada en la tierra que pueda hacer lo que la iglesia local hace cuando lo hace correctamente. Todo lo que Jesús dejó sobre la tierra fue Su iglesia. Él no murió por organizaciones hechas por el hombre. Cristo fue dado por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es Su cuerpo (Efesios 1.22–23; Colosenses 1.18). La unidad y la igualdad se encuentran únicamente en la iglesia de Dios. Jesús derribó la pared, reconciliando a judíos y a gentiles con Dios, en un solo cuerpo, por medio de la cruz (Efesios 2.13–22). La iglesia es una sola, no son muchas.

Puede que usted diga: «¡Pero la iglesia no puede salvar!». ¡Es cierto! El Salvador es Cristo; la iglesia la forman los salvos. Los salvos eran añadidos a ella (Hechos 2.41–47). Si usted es salvo, usted ha sido añadido; si usted ha sido añadido, usted es salvo. Dios no olvida. *No hay gente salva fuera de la iglesia.* Cuando se predica a Cristo, se obtiene la iglesia como resultado. La iglesia es universal, pero la única manera de ser parte de la iglesia de Cristo

es siendo miembro activo de una congregación local de ella. La iglesia local es el único lugar estable y seguro sobre la tierra.

Algunos dicen: «¡Yo estoy en contra de la religión organizada!». Entonces, ¿quieren decir que están a favor de la «religión desorganizada»? También he oído que se dice: «Amo a Cristo, pero no me interesa la iglesia». Esto no es ni escriturario ni razonable. El más grande gozo del hombre felizmente casado lo constituye su esposa. Él preferiría oír un cumplido acerca de su esposa antes que de sí mismo. Hay hombres casados que ni siquiera se defienden verbalmente; sin embargo, ¡no permiten que alguien haga daño a su esposa ni que hable en contra de ella! ¿Habrá quien desee comparecer delante de Dios habiendo hecho daño a la iglesia de Cristo, Su esposa? Al final de los tiempos, Cristo se va a presentar a sí mismo una iglesia gloriosa que no tiene «mancha ni arruga ni cosa semejante» (Efesios 5.27).

EL DÍA DEL SEÑOR, LA CENA DEL SEÑOR

La Cena del Señor se vincula con la cruz. La iglesia primitiva perseveraba firmemente en reunirse cada Día del Señor, esto es, cada domingo (Hechos 20.7; 1^{era} Corintios 16.1, 2; vea Hechos 2.42; Hebreos 10.25). En esa reunión se servía la Cena del Señor. El cristiano no participa de esta a solas para luego reunirse. La iglesia que no se reúne no puede sobrevivir. Como comunidad que ella es, la iglesia tiene vida propia (Hechos 2.42).

Cuando la iglesia se reúne, ¡Cristo está presente! ¡Jesús es el anfitrión, no el invitado! La Cena del Señor no es un sacramento de la iglesia que nos perdone; es un memorial que declara que hemos sido perdonados. Jesús solo tiene un mandamiento: «Sígueme». Solo tiene una petición:

«Recuérdense» (Lucas 22.19–20; 1^{era} Corintios 10.16; 11.23–26). Él solo tiene una Biblia, un pan, una copa, un cuerpo, una sangre y un pacto. He aquí una buena regla: ¡La Cena del Señor cada Día del Señor, y ningún Día del Señor sin la Cena del Señor! Considere lo que se usaba: el pan sin levadura y el fruto de la vid. Estos emblemas representan Su cuerpo. Sería inconcebible sustituir con otra cosa el pan y la copa.

La iglesia no crece en los días de asueto religioso, ¡sino en la Cena del Señor! Fallar en esto equivale a hacer débil y enfermiza a la iglesia (1^{era} Corintios 11.23–30). La Cena del Señor es el más grande memorial sobre la tierra. Todos los miembros pueden participar. ¡El centro de atención lo constituyen la Palabra, la cruz y Su perdón! Los miembros se examinan a sí mismos. Los miembros «[anuncian] la muerte del Señor [...] hasta que él venga» (1^{era} Corintios 11.26). Esta es la razón por la que llevamos la Cena del Señor a los miembros que no pueden salir de sus casas. Ellos también son parte del cuerpo. ¡La Cena del Señor es el único memorial en torno al cual la iglesia se reúne!

EL BAUTISMO

La cruz debe ponerse nuevamente en el centro de la sociedad y no solamente en la torre del edificio de una iglesia. Jesús no fue crucificado en una catedral en medio de dos velas, sino en una cruz en medio de dos ladrones. Todos debemos plantear (y responder) esta pregunta: «¿Qué debo hacer para ser salvo?». Algunos proponen «La oración del pecador», que se basa en Lucas 18.9–14, cuando el publicano oró diciendo: «Dios, sé propicio a mí, pecador». Ofrecer esta oración como el camino a la salvación refleja nuestra falla en estudiar la Palabra, o nuestra falla en aceptar la Palabra, o ambas cosas. En esta

historia, tanto el fariseo como el publicano eran hermanos judíos en el templo. Ninguno de los dos era un pecador que estuviera acercándose a Dios por primera vez. Uno era orgulloso; el otro estaba contrito. Esta es la lección. Esta parábola de Jesús se contó antes de los eventos de la cruz, del libro de Hechos, de la Gran Comisión, del día de Pentecostés, de la predicación del evangelio y de la iglesia. Este incidente no era acerca de la salvación. ¡A Jesús no se le conocía, no se le consideraba necesario y ni se le mencionó en este relato!

El bautismo vincula a los pecadores con la cruz. Lea Romanos 6.3. En este acto entramos en contacto con la sangre de Jesús; es el único lugar sobre la tierra donde alguien que no es cristiano puede hacer eso. Por lo tanto, no se le debe reducir a un ritual eclesiástico sin sentido.

La verdad es que un cristiano no bautizado es ajeno a las Escrituras posteriores al ascenso de Jesús al cielo. También es ajeno a la historia de la iglesia del siglo primero. El bautismo es un evento importante en la salvación. Jesús puso el bautismo en Su Gran Comisión (Marcos 16.15–16). Los pecadores son bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mateo 28.18–20). El corazón del mensaje del evangelio lo constituyen la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo (1^{era} Corintios 15.1–4); los pecadores son bautizados en la muerte, la sepultura y la resurrección de Él (Romanos 6.3–6; Colosenses 2.12). En el bautismo uno recibe al Señor y se reviste de Él (Gálatas 3.26–28). Según las Escrituras, es por el bautismo que un pecador llega a ser cristiano (Hechos 2.38).

El bautismo no es obra meritoria del hombre; es obra de Dios. Cada pecador debe oír, creer, arrepentirse y confesar a Jesús. Nadie puede hacer estas cosas por mí, ¡pero alguien tiene que bautizarme! Los pecadores, lite-

ralmente, «reciben el bautismo». Doce hombres fueron «rebautizados» por Pablo en Éfeso, porque ellos habían sido bautizados incorrectamente (Hechos 19.1–7). Pablo creía que el bautismo era importante y que debía hacerse correctamente.

El bautismo salva (1^{era} Pedro 3.20–21). Los judíos del día de Pentecostés tuvieron necesidad de ser bautizados (Hechos 2). El noble etíope también tuvo necesidad de ser bautizado (Hechos 8.26–40). Aun Pablo tuvo necesidad de ser bautizado (Hechos 9; 22.16). Cornelio, un gentil (esto es, uno que no era judío), tuvo necesidad de ser bautizado (Hechos 10). ¿Habrán quien, leyendo todos estos pasajes, no llegue a la conclusión de que todas las personas responsables tienen necesidad de ser bautizadas?

EL VIVIR CRUCIFICADO

La cruz da como resultado el vivir crucificado. Pablo dijo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gálatas 2.20–21). Jesús vivió como vivió para morir como murió. La salvación es gratuita, pero tenemos que darlo todo por ella: ¡tenemos que dar nuestra vida! Desde el punto de vista histórico, Jesús ha resucitado; sin embargo, desde el punto de vista divino, Él todavía está en la cruz. La iglesia llegó a existir por la cruz, y vive como una expresión de la cruz. Nosotros venimos a la cruz y vivimos en la cruz, tal como la descripción que hace Pablo en Colosenses 3.1–4.

Es por siervos crucificados por quienes mejor se da a conocer al Salvador crucificado. Jesús nos llama a morir. Pablo moría cada día (1^{era} Corintios 15.31). Es solo cuando la iglesia tenga la valentía para morir que ella aprenderá a vivir. El cristiano no debe ser jamás como el mundo que Cristo vino a salvar. Ni siquiera Cristo fue como el mundo

por el cual Él murió con el fin de salvarlo. Lo máximo de Biblia que uno llega *realmente* a tener, es lo máximo de Biblia que uno llega a vivir. Dé a Dios las primicias de su día, el primer día de la semana, la primera porción de su paga, el primer lugar en su corazón.

Cuando uno le resta importancia al obedecer con fe, al libro que habla de sangre, a la iglesia que fue comprada con sangre, al recordatorio de la Cena del Señor, o al bautismo, no queda nada que le vincule con la cruz.

*La cruz...
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados